

«Para odiar hay que desconocer.»
Joan Margarit

PODER MIGRANTE

VIOLETA SERRANO

Por qué necesitas aliarte
con lo que temes

Ariel

Violeta Serrano

Poder migrante

Por qué necesitas aliarte
con lo que temes

Ariel

Primera edición: noviembre de 2020

© 2020, Violeta Serrano

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3261-1
Depósito legal: B. 7.606-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

<i>Prefacio</i>	13
1. Los negros te huelen mal	19
2. El monstruo lleva tu nombre	23
3. Te encanta la tortilla española	27
4. Mujer marroquí cuida a tu vieja	33
5. Te van a dejar sin trabajo	41
6. Te sacan ventaja, y lo sabes	47
7. La ley de la selva entra en tu escuela	55
8. Son vagos y maleantes	65
9. Identifica el caos y reacciona: límite 2050	69
10. MENA, te quiero lejos	85
11. Nómada también eres tú	95
12. La odisea china	101
13. Sonríe o te explotará en la cara	109
14. Tus instituciones pierden fuerza	121
15. <i>Refugees welcome?</i>	133
16. Ese moro te matará	145
17. Narrativas Facebook Live: sea su propio héroe	153
18. Apaga el teléfono y sal a la calle	161
19. Todos somos populistas	171
20. Neuronas y prejuicios	183
21. Cuéntame un cuento y verás qué contento	191
22. Marlon Brando tiene la clave	197
23. La única verdad es la realidad: Melilla	203

24. Pastilla roja, pastilla azul.	213
25. (No hay) fin de trayecto	221
<i>Agradecimientos</i>	229
<i>Notas</i>	231
<i>Bibliografía.</i>	241
<i>Filmografía.</i>	245
<i>Entrevistas y conferencias.</i>	247
<i>Webgrafía</i>	249

Los negros te huelen mal

Huele a caucho mojado. Estamos en otoño pero el calor aún se siente. Ellos, quizá, ya tengan algo de frío. Pero no tienen demasiada ropa. Sudan. Su piel recia empieza a perlarse de gotas transparentes que envuelven el horizonte de su cuero cabelludo lleno de rastas. La gente escucha inquieta. Van a subir. Ya están arriba tres. Y faltan otros tres. No quieren pagar. El chófer les dice que deben hacerlo. Pero ellos no van a poner dinero sobre su garita.

—No tengo, amigo —dice uno, mientras sube sin más.

—Déjale, por favor. No tenemos más *iueros* —dice otro, el que parece más veterano y ya está arriba.

Y se van hacia atrás, a la parte más alejada del conductor. Pero él va igual y les dice que tienen que pagar. Que no sólo es por el dinero, sino porque puede haber personas que hayan contratado ya las plazas en las que ellos están ahora atrincherados sin ninguna intención de revertir esa intrusión. Y ellos se miran entre sí y ríen. No se van a levantar. Y son seis. Y muy grandes. Y sudan. Y molestan. Dejaron varios fardos de mercancía envueltos en plásticos en el vientre del autobús. Su comercio ilegal, su medio de vida. ¿Qué se les puede objetar? ¿Llevan algo en sus mochilas que no haya pasado por el control inexistente de la Estación Sur de la capital de España?

Las espaldas de los viajeros están rígidas como una tabla de planchar. Sobre todo las de los que estamos en la parte tra-

sera. Ahí están ellos, que se han sentado donde había hueco entre nosotros. Han tomado literalmente la parte de atrás del autobús de línea que une Madrid con el noroeste de la península. Van hasta Galicia, dicen. En Lugo se bajarán, parece. Y algunos suspiran y se tapan la nariz de una manera poco diplomática. Varios llegarán hasta el final del trayecto, en Santiago de Compostela, allí donde tantos culminan el Camino de la cristiandad. Y disimulan, casi todos. Pero algunas personas resoplan y se retuercen en su asiento mínimo. No es un autocar caro ni cómodo, sino uno de los más baratos, que ofertan pasajes de menos de veinte euros para un recorrido de más de 400 kilómetros si lo compras por internet a sólo un clic y sin necesidad de imprimir ningún papel. Lo usan bastante, también, los peregrinos. Llevan mochilas de plástico con diseño alemán y, a pesar de caminar kilómetros enteros con llagas en los pies, no parecen diseminar transpiración alguna en el espacio. Casi todos son blancos y proceden del norte de los Pirineos. Vienen hasta Madrid y salen desde aquí para iniciar el Camino en algún punto más avanzado que el del recorrido original, o el que hemos aceptado como tal porque creímos la historia del fatigoso apóstol Santiago. La religión o, al contrario, la laicidad progresista de muchos de esos peregrinos es la que les permite incluso realizar una ruta católica sin creer en Dios alguno.

Pero ellos, los que llegaron del África negra, hacen ruido y, cada vez que hablan, la blancura de sus dientes les exime de una pelea a muerte con sus contrarios. Porque así parecen humanos, igual que nosotros. Pero ellos no han pagado. Y nosotros sí. Y no están vestidos como occidentales ni se han duchado o perfumado como corresponde: viajar en transporte público implica unas reglas básicas de convivencia. Entre ellas, evitar la inmundicia del olor corporal. Pero su caucho mojado existe y se propaga entre los pensamientos de quienes estamos ahí atrás. Y de alguna manera parece que deseamos que se vayan, que no nos toquen tan cerca, que la tensión que hay en el ambiente se disipe por-

que, además del miedo por qué traerán en los bolsillos que no alcanzamos a inspeccionar dado que esto no es un AVE y no hay rayos X en el control de acceso, preferimos el silencio al tumulto de un lenguaje que nos resulta extraño y que, por eso mismo, nos abrumba.

¿Qué dirán? ¿Estarán hablando de nosotros? ¿Se reirán del chófer que intentó hacerles pagar mientras su cuerpo se echaba sutilmente hacia atrás y sus pies retrocedían hasta la otra punta del vehículo? Él, que debe cumplir con el cronograma y fichar en cada llegada a destino en la hora prevista por la empresa que lo contrata por un sueldo que cada año le cuesta más hacer rendir para cerrar unas cuentas ficticias, pero que marcan la diferencia entre estar dentro o fuera, tener un techo confortable o no tenerlo, pagar esas merecidas vacaciones o sólo desearlas, tener un auto lindo o ser una miserable cucaracha que toma un bus exactamente igual al que él mismo conduce para ganarse el pan llevándonos a nosotros a cualquier otra ciudad de provincias donde los alquileres sean, al menos, asequibles.

¿Cómo va a consentir convertirse en el otro que tanto teme? ¿Cómo aceptar esa espiral que terminará por ahogarle en su propia frustración? No puede esperar más. Así que arranca. Y nos vamos.

El monstruo lleva tu nombre

La realidad supera la ficción. Desde aquí es muy fácil pensar que esos negritos nos vienen a quitar el trabajo, esos negritos que nos molestan. No tenemos la más mínima idea de lo que quiere decir vivir en aquella situación sólo cinco minutos. ¿Te imaginas estar veintiún días caminando en el desierto del Sahara con sólo cinco litros de agua? Quien conseguía mear era el más afortunado. Mear para beberlo.¹

OUSMAN UMAR

O son unos pobrecitos a los que desearíamos defender o son tipos peligrosos que deberíamos mantener alejados de nuestros hogares. Una cosa o la otra en este espacio de blancos y negros en el que estamos convirtiendo la opinión pública. No hay grises. O, mejor, preferimos que no los haya porque cada vez tenemos menos tiempo para el sosiego entre los puntos medios. Es urgente reaccionar: la reflexión nos da pereza y está pasada de moda. Queremos concepciones de rasgos únicos, que no nos hagan dudar, porque ya no hay tiempo para eso. ¿Has visto a qué velocidad se mueven tus amenazas? Corre, nadie te va a esperar. La vida va más rápido de lo que podemos asumir. Los trabajos dignos se esfuman y las defensas también. La zona de confort en la que nos gustaría estar a salvo es una barcaza tratando de mantenerse a flote en medio de una tormenta. Quisiéramos que la paz y la

estabilidad formara parte de nuestra lógica cotidiana, pero es inútil: cada día somos más conscientes de que el viejo mundo y sus antiguas reglas de cortesía y honor parecen una reliquia de museo.

Transitamos un periodo bisagra en el que parecemos ser los primitivos de una nueva era en la que aún no sabemos cómo deberíamos actuar para no morir ahogados. En esa lógica nacen monstruos que nos prometen mentiras y que, sin embargo, en muchas ocasiones, decidimos creer. Necesitamos una suerte de fe, porque el miedo nos está carcomiendo las sienas. La razón se repliega sobre sí misma y da lugar a las pasiones más primarias. Sufrimos por lo que vendrá y exigimos que nuestro hogar siga estando donde estaba, que el mínimo común indispensable para la vida en paz no decaiga. Reclamamos a unos gobernantes que no nos convencen que se encarguen de que podamos mantener nuestros privilegios. No siempre lo logran. Mucha gente, una gran mayoría, siente que cada vez lo logran menos. Entonces compra culpables a los que eliminar, sacar ventaja como sea, porque perciben que el hambre puede estar a la vuelta de la esquina y ya han empezado a oír sus tripas crujir. Estamos protagonizando el desarrollo de una época oscura en la que nuestros propios instintos nos juegan malas pasadas. Somos personajes tirados en medio de una historia sin recursos para afrontar los desafíos que se imponen. Nos sentimos vulnerables y desvalidos. En ese contexto intuimos que deberíamos confiar en los demás para sobrevivir, pero, a la vez, nadie quiere ser el primero en sacarse el escudo y tender la mano a lo desconocido. El mundo líquido en el que vivimos parece seguir ahondando en su propia inestabilidad e impulsándonos a la violencia como si eso implicase una forma de resistencia eficaz.

Hay personas que nos llevan una amplia ventaja en este terreno resbaladizo. Personas que dejaron atrás todo lo que era sólido, que conocieron la soledad, el estado de alerta perpetuo, el aprendizaje bajo presión, la añoranza, el caos

interno, que tuvieron que elegir entre enfrentarse o negociar. Decimos que son otros, los tratamos como diferentes, nos compadecemos o los tememos, cuando, en realidad, en vez de usar la tercera persona del plural deberíamos empezar a utilizar la primera para comprender el sutil desplazamiento en el que estamos ya inmersos. Esos otros somos nosotros también. Los que se van, los que dejan atrás la vida que conocían, los lugares que les resultaban familiares, los que se atreven a hacer pie en una cultura que no es la suya, los que aprenden a ser estrategas para salir a flote no son más figuras ajenas a las que debemos ayudar o eliminar. Son nuestro oráculo, los mentores de un siglo XXI en el que todos navegamos sin red de contención y en el que incorporar estrategias de supervivencia es urgente para emerger de las tinieblas con éxito. Son nuestro espejo y tendremos suerte si lo entendemos a tiempo.

La globalización nos ha colocado en un lugar del que creíamos habernos ido hace miles de años. Somos, de nuevo, nómadas, y tenemos que volver a aprender cómo se opera en una perpetua incertidumbre. Son los que tuvieron que enfrentarse a la adversidad de lo desconocido quienes más nos pueden enseñar cómo abrirnos paso en estas condiciones. Todos empezamos a sentir que vivimos en un lugar que ya no reconocemos como propio. Es posible que nos veamos obligados a reinventarnos varias veces en una misma vida. Lo más probable es que tengamos que desarrollar un ingenio antes innecesario para sobrevivir, porque teníamos la suerte de haber caído en el lado bueno de la tostada. En la lógica de miedo y caos que parece estar asentándose en las venas de nuestro mundo conocido, no sólo nos conviene convertir a los migrantes en nuestros aliados, sino empezar a concebirlos como nuestros mejores maestros.

Esa categoría social no se conjuga más en tercera de plural. Migrantes somos. Migrante soy. Es la nueva clase a la que casi todos pertenecemos. Comprender este detalle cambia la concepción sobre nosotros mismos y los parámetros de

seguridad personal entre los que estamos habituados a movernos. Es más sencillo hablar de otros y compadecerse o temer. Es muy difícil asumir que de repente uno forma parte de la misma categoría que ha podido despreciar o lamentar desde un lugar de privilegio. Este ensayo atraviesa este desplazamiento de nuestra propia concepción desde un lugar incómodo, desde el asiento de ese autobús barato que a veces nos huele mal y del que, francamente, nos queremos bajar lo antes posible. Pero ¿y si no podemos?

Empecemos por el principio: nuestra casa.